

Carlos Castro Saavedra, poeta de la patria y de la paz

María Stella Girón López

*Yo sé que somos muchos, que somos casi todos;
somos millones de hombres y de pájaros,
millones de mujeres y de auroras,
somos una familia mundial de resplandores
y no hay un solo hermano que quiera ser soldado
ni hay un solo soldado
que quiera disparar sobre las flores.
Nadie quiere trincheras, todos queremos surcos,
queremos tallos dulces en lugar de fusiles,
y en vez de municiones queremos dulces granos
y graneros repletos de marzos y de abril.*

Carlos Castro Saavedra "Plegaria desde América".

24

En *Poesía y Canon. Los poetas como críticos en la formación del canon en la poesía moderna en Colombia (1920-1950)*, David Jiménez Panesso trae una serie de polémicas que se dieron a finales de la década de los años treinta, y en la siguiente, en torno a la vida literaria, los presupuestos estéticos, las influencias definidas y reconocidas, la posición frente al pasado literario y la adopción de un nuevo modelo de poesía lírica y de un patrón de identidad destinado a romper el molde piedracielista. Los diversos debates los protagonizaron figuras del campo literario como el consagrado maestro Eduardo Carranza y jóvenes poetas del alcance de Fernando Charry Lara, Andrés Holguín, Daniel Arango, Jorge Gaitán Durán, además de Hernando Téllez. Según Carranza, los jóvenes estaban impregnados de piedracielismo, de su vocabulario y de su



Carlos Castro Saavedra, retrato de Alipio Jaramillo para el libro *Fusiles y luceros*.

arsenal de imágenes. Desprenderse de *Piedra y cielo* no era tarea fácil para quienes estaban decididos a "adoptar nuevos maestros y nuevos modelos tanto éticos como estéticos". Las discusiones sobre el pasado literario vincularon estéticas y posturas poéticas manifiestas en Porfirio Barba Jacob, Luis Vidales, Guillermo Valencia, Jorge Zalamea Borda, Aurelio Arturo, y otras figuras de no menor peso poético, en la medianía del siglo xx. Las discusiones obedecían a la intencionalidad de crear la ruptura con el piedracielismo y de obtener modi-

ficaciones en el campo literario capaces de construir vanguardias estéticas que luego se reflejarían en Cántico y en las diversidades de las actitudes literarias recogidas en Mito. Estaban en estos debates los cambios de modelos, la validez de las generaciones, los ismos o la insularidad, las posturas del intelectual de la literatura en relación con entornos internacionales políticos, filiaciones literarias, estilos y tradiciones estéticas y filosóficas.

En este ambiente cultural de mitad de siglo, y en el contexto de la complejidad política y social del país y del mundo: violencia partidista, Segunda Guerra Mundial, a los 22 años Carlos Castro Saavedra (Medellín, 1924-1989) publicó su primera obra poética *Fusiles y luceros* (1946). La dedicación del libro a la familia y a los hombres libres de la tierra ya anuncian las temáticas sobre el amor, la patria, la libertad, la justicia social y la paz que persistirán en su obra. A esta edición le suceden la de 1990 al año de la muerte del autor y una tercera de 1996.

Aunque no es tema de esta reflexión, es pertinente la pregunta: ¿qué hay de Piedra y cielo en la obra de Castro Saavedra? Pero sí es válido preguntarnos en el contexto de estas polémicas, ¿qué autoriza que a Castro Saavedra se le reconozca como el poeta de la patria y de la paz? Se trata de plantear unas aproximaciones que lleven a tal reconocimiento de figura de autor.

A la muerte del poeta, su familia creó la Fundación Cultural Carlos Castro Saavedra para rescatar, organizar y difundir su obra, la de otros antioqueños y colombianos e incluso de extranjeros. La Fundación reúne y dispone su obra escrita, pictórica y documental en un espacio privado abierto al público, y publica *Carlos Castro Saavedra*

– *Apuntes biográficos* – (1994), un valioso documento bibliográfico sobre la vida y obra del autor (fuente fundamental en este trabajo) y otros libros editados en colaboración con otras entidades en 1996: *Poemas. Carlos Castro Saavedra*, selección y prólogo de Belisario Betancur y *Fusiles y luceros*.

Los tíos paternos Alfonso Castro (1878-1943) y Enrique Castro, afines a la controversia y al debate público en la Medellín de entonces, crean un ambiente favorable para su formación orientada a las letras desde la infancia. El primero, médico, periodista, cuentista y novelista diputado a la Asamblea de Antioquia y representante al Congreso. Entre 1901 y 1940 aparece publicada su obra. A su muerte, Castro Saavedra escribe el poema “Elegía. En la muerte de Alfonso Castro”, el cual hace parte de *Fusiles y luceros*. Un fragmento del poema de la edición de 1990, p. 145, dice:

*Anda ahora mi sangre perdida y desolada.
Parece que la hubieran encerrado en un bosque.
Ahora anda mi sangre por caminos oscuros
resbalándose en sombras. Está muerta mi sangre,
mi sangre viva está muerta en las venas
de un hombre de mi raza; está muerta en la carne
de un varón de mi estirpe. Ya no más en turbiones
animará su pluma. Roja pluma la suya
si nombraba epopeyas y blanca si nombraba
frentes blancas de niños. Ya no más esa sangre
subirá por el tallo varonil de su voz
para nombrar la historia de su antigua bandera.*

El segundo, Enrique Castro, funda y dirige *El Bateo* (1907-1957), bisemanario liberal de crítica política. Divulga en sus páginas columnas y caricaturas satíricas en contra de la Regeneración, el partido conservador y sus vertientes, y de sectores liberales encabezados por Rafael Uribe Uribe a raíz del arrodillamiento. Manifiesta su voz crítica frente al nacionalismo. Publica información

sobre las primeras huelgas en Medellín, la Universidad de Antioquia y sus directivos, la Guerra del Perú, la colonización de Putumayo y la Casa Arana. Mantiene una sección literaria de cuento y poesía política.

Castro Saavedra estudia en el Colegio San Ignacio de Loyola y el Liceo Antioqueño, instituciones privada y pública, de alta calidad para la formación de los hombres en Medellín. Por contenidos de los prólogos a sus obras conocemos que Castro Saavedra comienza a escribir a los nueve años, a los quince le publica un soneto *El Colombiano*, y a los diecisiete años presenta poemas en el Teatro Colón de Bogotá de la mano de Jorge Rojas y Germán Arciniegas.

En el prólogo de su libro *Obra selecta* declara que es un poeta solitario y numerosamente acompañado, aunque resulte paradójico; que no pertenece a ismos de ninguna especie pero que siente como propia la respiración de toda la familia humana y no oculta su solidaridad con el pueblo del mundo. Por testimonio de su hija María Victoria, se sabe que prefirió el hogar como lugar de trabajo; lo numerosamente acompañado podría tener explicación en el ambiente literario de Medellín, Bogotá y Cali, en donde la intelectualidad se reunía en las tertulias, espacios académicos o en los eventos culturales.

Del folleto citado se relacionan las tertulias en las que departió: Taller de José Horacio Betancur, Café Madrid, Librería Aguirre, Café Automático, Café El Negus. Sin discriminar lugares ni fechas de encuentro cada nombre es un referente de la vida cultural, política, literaria, de las artes plásticas y del periodismo de la región y del país y muestra que Castro Saavedra también hacía parte de una élite intelectual del país., conforma-

da por personas como Héctor Abad Gómez, Alberto Aguirre, Saúl Aguirre, Clemente Airó, Balmore Álvarez, José Alvear Restrepo, Gonzalo Arango, Rodrigo Arenas Betancur, Aurelio Arturo, Belisario Betancur, Fernando Botero, Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Correa, León de Greiff, Arturo Echeverri Mejía, Ariel Escobar Llanos, Carlos Gaviria Díaz, Óscar Hernández, Carlos Jiménez Gómez, Juan Lozano y Lozano, Carlos Martín, Manuel Mejía Vallejo, Sergio Mejía Echavarría, Hernán Merino, Otto Morales Benítez, Federico Ospina Arias, Guillermo Payán Arche, Édgar Poe Restrepo, Héctor Rojas Herazo, Eddy Torres y Jorge Zalamea Borda.

¿Por qué Castro Saavedra puede ser reconocido como poeta de la patria y de la paz?

La sensibilidad de su expresión poética, su visión de mundo y la actitud política hacen correr por sus versos a poetas como Pablo Neruda, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Paul Eluard.

El 12 de agosto de 1953, en Los Guindos, Chile, Pablo Neruda otorga a su joven hermano una hoja de laurel austral de las tierras frías de Antofagasta y Patagonia. Advierte en este joven poeta un ejemplo en quien se reconoce la voz de un pueblo y se dispone a erigir de nuevo la dignidad sin más armas que su poesía. Es escuchado en Chile con respeto y con admiración y con el entusiasmo de que su poesía restañará los dolores y encenderá su fulgor en la paz de su patria.

En su obra poética, Castro Saavedra les canta a los hombres caídos en guerras para que florezcan y pervivan en sus versos; a

los torturados y ejecutados por la represión del poder como al comunero José Antonio Galán; a Sucre, asesinado por defender la causa de América; a las mujeres de los combatientes que también mueren sobre la tierra llena de cadáveres que esperan en los escombros o junto de las barricadas; a las hembras, madres y hermanas de los hombres que luchan en las trincheras. Denuncia el horror de los fusiles de la propia tierra y del mundo por proclamar, queremos paz. Protesta por el asesinato promovido por el machismo; acusa a los gobernantes condecorados por las guerras y les señala a los caídos, cuya sangre abandona las venas y los pulsos van al encuentro con la muerte. Proclama las victorias de las muchedumbres; consagra en sus versos heroínas a las mujeres de las guerras luchadoras sin armas. Pide amor a la humanidad para matar al odio. Delata las imposturas humanas; las emboscadas del mar y de la tierra, de la academia, de los congresos, las traiciones políticas, las víctimas de sutiles formas del machismo, los niños de la posguerra. En el “Poema de la inmensa madrugada. Canto de obreras y estudiantes”, llama a avanzar la madrugada del labriego, el mendigo, el minero, el soldado, el marino, el artista, las mujeres del pueblo. La luz de la madrugada voltará la cara de los falsos pastores, a los políticos, a los preñados, a los banqueros, a los poetas vendidos mientras el pueblo busca el grito de los proféticos tambores.

La valoración de Ramiro Lagos en la introducción a *Poesía liberada y deliberada de Colombia* a Castro Saavedra y su poesía, además de respaldar la figura de autor como poeta de la patria y de la paz que le han conferido nos permite culminar esta reflexión:

(...) nuestro joven Neruda colombiano, es la expresión poética más rotunda de la protes-

ta colombiana. Si la poesía de Emilia Ayarza es más metálica, más colérica y más abierta, con resonancias épicas, la de Castro Saavedra acumula en sí la piedra y el pedrerío que hacen que de una roca viva brote, incontenible, el prismático mensaje de las cataratas. La difícil combinación de lo popular con lo artístico, del diamante con la hulla, como la insinúa Valencia en ANARKOS, lo consigue él en lo estético y en lo social.

Fusiles y luceros, libro de Castro Saavedra publicado en 1946 inaugura, como representante de la Generación del Medio Siglo, la poesía que más interpreta y más define la trascendencia social e histórica de la Colombia mártir. La obra poética de Carlos Castro Saavedra podría considerarse como el canto general colombiano de su épica social. Más que social, su poesía es patriótica, porque prima en él el compromiso con la patria más que con el de las banderías.

Si bien es cierto que se le otorgó el Premio Internacional de la Paz en Pekín [en Berlín] por su “Plegaria desde América”, su campante acento patriótico, lo concentra en torno a una temática y a un tono tan colombiano y tan de su pueblo, que él es en la aceptación y entusiasmo unánime de Colombia, el poeta-bandera, el capitán lírico, la voz vibrante de la patria.

Referencias

- Castro Saavedra, C. (1962). *Obra selecta*, Antonio Nariño.
- Jiménez Panesso, D. (2002). *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon en la poesía moderna en Colombia (1920 -1950)*, Norma.
- Lago, R. (1976). *Poesía liberada y deliberada de Colombia*, Ediciones Tercer Mundo, pp. 32-33.
- Uribe de Hincapié, M. T. y Álvarez Gaviria, J. M. (1985). *Cien años de prensa en Colombia 1840-1940*, Editorial Universidad de Antioquia, pp. 61-62.

María Stella Girón López. Profesora jubilada. Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia.